

mantrivieron incorregibles; principiaron entonces a examinar su religion y darle, segun Moshem, un aire racional. Ya era tiempo despues de diez y seis años de sangre y desórdenes continuos. Estos *tabortas* reformados son los mismos que los *hermanos de Bohemia*, llamados tambien *picardos* ó mas bien *begardos*, que se unieron á Lutero en tiempo de la reforma.

Este fue el motivo de la proteccion que los protestantes dispensaron á los *husitas*: primero fueron precusores, y despues discipulos de Lutero. No nos parece que esta sucesion hace mucho honor á los luteranos. 4.º Resulta de los hechos en que ellos mismos convienen, que los *husitas* se condujeron en este cambio, no por celo de la religion, sino

por un furor ciego, puesto que no principiaron el arreglo de un plan de religion hasta diez y seis ó diez y ocho años despues de la muerte de Juan Hus. 2.º No nos dice Moshem en qué consistia esta religion que él llama razonable, y que tan facilmente se amalgamó con el protestantismo. ¡Es un prodigio bastante nuevo una religion razonable formada por unos fanáticos insensatos y furiosos! 3.º Es evidente que Lutero tomó de las obras de Wiclef y Juan Hus, no solamente los dogmas que predicó, sino tambien las máximas sanguinarias que se encuentran en sus escritos, ó hicieron que los anabatistas renovasen en Alemania una parte de las escenas sangrientas que representaron en Bohemia los *husitas*.

I

Ibum. Segundo matrimonio de una viuda que se casa con su cuñado. Los rabinos dieron este nombre al matrimonio de un hermano, que, segun la ley, debía casarse con su cuñado, cuando quedaba viuda sin familia de un hermano, para dar un heredero al difunto. Esta ley se halla en el c. 25 del *Deut.*, aunque es mas antigua que Moisés. En el c. 38 del *Génes.* vemos por la historia de Thamar, que esta ley estaba ya vigente entre los patriarcas.

Ictrys. Acróstico de la sibila Erytrea, de que hablan Eusebio y S. Agustin, en la cual las primeras letras de cada verso formaban las iniciales de las siguientes palabras griegas: *Ιεζαία Χριστός, Θεογενής, Σωτήρ*, que quieren decir, *Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador*. Como las letras iniciales forman la palabra griega *Ιεθω*, que significa *un pes*, Tertuliano y Optato Milevitano llamaron á los cristianos *pisiculi*, porque son regenerados con el agua del bautismo. Véase á Bingham, *Orig. ecclés.*, l. 1, c. 1, § 2.

Iconoclastas. Herejes del siglo VII, que se levantaron contra el culto de las sagradas imágenes: esta palabra viene del griego *εικων*, quiere decir *imagen*, y de *κλαω*, yo *despedazo*, porque los *iconoclastas* despedazaban las sagradas imágenes en todos los pueblos.

Despues se dió este nombre á todos los que

se declararon contra el culto de las sagradas imágenes, á los que se llaman reformados, y á ciertas sectas del Oriente que no las permiten en sus iglesias.

Los antiguos *iconoclastas* abrazaron este error, unos por complacer á los mahometanos, que aborrecian las estatuas, y en todas partes las hacian pedazos, y otros por prevenirse contra la murmuracion de los judios, quienes acusaban á los cristianos de idolatras por el culto de las imágenes. Sostenidos al principio por los califas sarracenos, y despues por algunos emperadores griegos, como Leon Isáurico y Constantino Copronimo, inquietaron el Oriente, llenándole de turbulencias y de carnicería. En el año de 726 hizo Copronimo que se congregase en Constantinopla un concilio de mas de trescientos obispos, en el cual fué absolutamente condenado el culto de las imágenes, alegando contra él las mismas razones que repitieron despues los protestantes. Este concilio no fué recibido en Occidente, ni le siguieron los del Oriente, sino por las violencias de que usó el emperador para obligar á que se ejecutase.

En el reinado del emperador Constantino Porfirogeneto y de su madre Irene, se restableció el culto de las imágenes: esta princesa, de acuerdo con el papa Adriano, hizo que se convocase un concilio en Nicea, que se veri-

ficó en el año de 787, y en él fueron condenadas las actas del citado concilio de Constantinopla, igualmente que el error de los *iconoclastas*: este concilio Niceno es el séptimo general. Cuando el papa Adriano envió las actas del concilio de Nicea á los obispos de las Galias y de Alemania, congregados en Francfort el año 794, estos obispos las refutaron, creyendo que este concilio mandaba que se adorase á las imágenes como se adora á la Santísima Trinidad; pero esta prevenccion pronto fué disipada. V. *LUTOS CAROLLOS*.

En tiempo de los emperadores griegos Niceforo, Leon Armenio, Miguel el Balbuciente y Teófilo, que favorecieron á los *iconoclastas*, volvió este partido á levantar la cabeza, y dichos principes cometieron contra los católicos crueldades inauditas. Su descripción se puede ver en la historia que sobre esta herejía escribió M. Maimbourg.

Entre los nuevos *iconoclastas* se pueden contar los petrobussianos, los albigenses, los valdenses, los wiclefitas, los husitas, los zuinglianos y los calvinistas. Durante las guerras de religion cometieron estos últimos herejes los mismos excesos contra las imágenes que los antiguos *iconoclastas*. Mas moderados los luteranos, conservaron por lo general en sus templos algunas pinturas históricas, y la imagen del Crucificado.

En el artículo *ΙΔΩΤΑ* probaremos que no es idolatria, ni tiene nada de vicioso el culto que nosotros damos á las sagradas imágenes; que si alguna vez se miró como peligroso, fué á causa de circunstancias que ya no existen, y en fin los protestantes no tienen razon para fundar en este culto uno de los motivos de su cisma.

Iconódulo, Iconolatra. Adorador de las imágenes: este es el nombre que dieron á los católicos las diferentes sectas de *iconoclastas*, para persuadir que el culto de las imágenes es una adoracion, un culto supremo y absoluto, y el mismo que el que damos á Dios. Esta impostura no dejó de causar en todos tiempos alguna ilusion á los ignorantes y á los que no reflexionan: pero no hace honor á los que se valen de ella.

En los artículos *ΑΔΟΡΑΤΙΟΝ* y *ΚΥΛΤΟ* hemos deshecho las equivocaciones de estas palabras. La voz griega *ιδωλα*, culto, servicio, adoracion, de la cual se formó la palabra *iconolatra*, no es menos susceptible de abusos que las otras. Despues que la Iglesia católica explica su creencia de una manera tan clara, que no deja al error ningun motivo de introducirse, es una prueba de malísima fe el atribuirle unos sentimientos que hace

profesion pública de condenar y refutar.

Iconomaco. El que combate el culto de las imágenes, palabra formada del griego *εικων*, imagen, y de *μαχομαι*, combato; casi puede decirse que es sinónimo de la voz *iconoclasta*. El emperador Leon Isáurico fué llamado *iconomaco*, cuando expidió un edicto en el que mandaba derribar las imágenes. V. *ΒΙΒΛΙΟΝ*.

Idolismo. Véase *CARICISMO*.

Idolometes. Así llaman los griegos modernos á ciertos versuculos que cantan en un tono particular, y no son de la Sagrada Escritura. Esta palabra sale del griego *ιδωλον*, propio, y *μετρος*, canto.

Idolotismo. Véase *HEREAISMO*.

Idolo, Idólatra, Idolatría. La palabra griega *ιδωλον* se deriva sin duda de *ιδω*, que significa *yo veo con los ojos del cuerpo ó del entendimiento*; por consiguiente, la palabra *idolo* significa generalmente lo mismo que imagen, figura, representacion: en un sentido mas propio, es una estatua ó imagen que representa un dios, y la *idolatría* es el culto que se da á esta figura. En sentido teológico y mas extenso, es el culto que se da á todo objeto sensible, natural ó fingido, en el cual se supone un dios falso. Así, los pueblos groseros, que antes de la invencion de la escultura y la pintura adoraron los astros y elementos en sí mismos, suponiéndolos animados por espíritus é inteligencias, ó genios que tenían por dioses, no fueron menos *idólatras* que los que adoraron los simulacros de estas mismas divinidades hechas por manos de los hombres. Los pársis ó los gueberos que adoran el sol y el fuego, no solo como símbolos de la Divinidad, sino tambien como seres vivientes, animados é inteligentes, dotados de conocimiento, de voluntad y de poder, son *idólatras* en toda la extension de la palabra. Véase *PÁRSIS*. Lo mismo sucede con los negros, quienes adoran á sus *fetiche*s ó seres materiales, á quienes atribuyen una inteligencia, una voluntad y un poder sobrenatural.

Como la *idolatría* supone necesariamente el politeísmo ó la pluralidad de dioses, y la una no se encuentra sin la otra, es preciso examinar: 1.º Qué cosa eran los dioses de los paganos ó de los *idólatras*. 2.º Cómo se introdujeron en el mundo el politeísmo y la *idolatría*. 3.º En qué consistia el crimen de los que se entregaron á ella. 4.º A quién se dirigía el culto que daban á los *ídolos*. 5.ºCuál fué la influencia de la *idolatría* sobre las costumbres de las naciones. 6.º Si el culto que damos á los santos, á sus imágenes y reliquias es una *idolatría*.

No hay ninguna entre estas cuestiones que no hayan tratado de embrollar los protestantes y los incrédulos, sentando principios absolutamente falsos: por lo mismo, es de la mayor importancia establecer sobre esta materia los mas fijos y verdaderos principios. No argüeremos como aquellos sobre conjeturas arbitrarias, sino fundados en verdaderos hechos ó infalibles monumentos.

1. *¿A qué se reducion los dioses de los politeístas ó idolátras?* Sabemos de cierto por la historia sagrada que Dios se dió á conocer á nuestros primeros padres al momento que les dió el ser, que se dignó conversar con Adán y sus hijos, y que honró con el mismo favor á muchos de los antiguos patriarcas, singularmente á Noé y su familia. Mientras los hombres fueron bastante dóciles para escuchar á unos maestros tan respetables, era imposible que se introdujese el politeísmo y la idolatría. Adán instruyó á su posteridad por espacio de novecientos treinta años; muchos de los que le vieron y oyeron alcanzaron hasta el diluvio segun el cálculo del texto hebreo. *Mathusalah ó Methuselah*, que murió el mismo año del diluvio, vivió en compañía de Adán doscientos cuarenta y tres años. Esta era una historia siempre viva de la creacion del mundo, y de las verdades que Dios reveló á los hombres, igualmente que del culto, que hasta entonces le habia tributado constantemente. Tampoco los sabios, que suponen que hubo idolatría antes del diluvio, pudieron darnos prueba ninguna positiva de un hecho tan importante, y esta conjetura nos parece contraria á la narracion de los libros sagrados.

* [En tiempo de Noé, dice el Génesis, vi, 12, *omnis caro corrupta erat suam*, mas no se ve que Dios echase en cara entonces á los hombres el crimen de incredulidad ó de idolatría.]

Despues de la confusion de las lenguas, cuando las familias se vieron obligadas á dispersarse, muchas, únicamente ocupadas de su subsistencia, olvidaron las lecciones de sus padres y la tradicion primitiva; y cayeron en un estado de barbarie y en una ignorancia tan profunda, como si Dios no hubiera enseñado nunca á los hombres. El autor del *Origen de las leyes, artes y ciencias*, en la introduccion al tomo 1º, p. 6, y l. 2º, p. 131, prueba este hecho con el testimonio de los antiguos mas ilustrados.

* [La ignorancia de las naciones paganas no fué sin embargo tan profunda, que perdiesen la idea ó conocimiento del verdadero Dios, criador de todos los seres, dice S. Agus-

tin, *contra Faustum manich.*, c. 20, *nim. 19: Gentes non usque adeo ad falsos deos sunt delapsæ, ut opinionem admitterent unius veri Deæ quo omnis quæscumque natura.* Tampoco S. Pablo, *Epist. ad Rom.*, 1, 20, 21, censuró á los gentiles de ignorar ó no conocer á Dios, sino de lo que los hacia inexcusables, es decir, de conocerle sin glorificarle como Dios. *Ita ut sint inexcusabiles, quia cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverunt, aut gratias egerunt.*]

En esta situacion, que puede llamarse la infancia de las naciones, no podian dejar de nacer el politeísmo y la idolatría.

Por poco que se fije la atencion en el instinto ó en la inclinacion general de todos los hombres, á suponer un espíritu y un alma en todas las cosas que ven moverse, facilmente se comprenderá la verdad de este hecho: nunca pudo nadie persuadirse de que fuese un cuerpo capaz de moverse, ni que la materia fuese un principio de movimiento. Asi, los niños, los ignorantes y las personas tímidas se figuran ver ó oír un alma, un espíritu, un duende en todos los cuerpos que se mueven ó hacen ruido, y producen efectos ó fenómenos cuya causa no pueden ellos concebir. Como en la naturaleza todo está en movimiento, fué preciso que colocasen espíritus ó genios en todas sus partes y nada les costaba crearlos. Tambien los salvajes colocan estos genios en todo lo que los asombra y los llaman *Manitous*. Se dice que los caribes los ponen hasta en las calderas en que cocen sus alimentos, porque no perciben el mecanismo de la eferescencia y de la coccion de las carnes y legumbres. Cuando los habitantes de las islas Marianas vieron por primera vez el fuego, y se sintieron quemados por su contacto, le tuvieron por un animal temible. Los americanos de Santo Domingo se ponian de rodillas delante de los perros que les llevaban los españoles.

Si hay en el universo algunos cuerpos en que se debió pensar al principio que habitaban algunas inteligencias, genios ó dioses, son sin duda los astros: la regularidad de sus movimientos verdaderos ó aparentes, el esplendor de su luz, la influencia de su calor sobre las producciones de la tierra, sus diferentes aspectos y los pronosticos que de ellos se sacan, etc., son sin duda asombrosos: ¿cómo concebir todo esto sin suponer los animados y dirigidos por espíritus inteligentes y poderosos, que disponen de la fecundidad ó esterilidad de la tierra, de la miseria ó de la abundancia? La primera consecuencia que se ofrece á la imaginacion

de los ignorantes es que es indispensable dirigirles votos, oraciones y homenajes, tributarles un culto y adorarlos. Tambien es cierto, segun el testimonio de los autores sagrados y profanos, que el culto de los astros es la mas antigua de todas las idolatrías, singularmente entre los orientales, á quienes presenta la noche el espectáculo mas magnifico y brillante. *Memorias de la Academia de las Inscripciones*, t. 42, en 42º, p. 173. V. Astros.

La misma preocupacion que llenó el cielo de espíritus, genios ó pretendidos dioses * [preocupacion que por lo demas se referia al dogma de la existencia de los ángeles, el cual forma parte de la revelacion primitiva], arrastró tambien á los hombres á multiplicarlos sobre la tierra, porque en ella todo está en movimiento lo mismo que en el cielo, y ejercen allí constantemente su imperio los diversos elementos. Sin duda, dicen los disertadores, es un genio poderoso escondido en las entrañas de la tierra, quien le da su fecundidad y quien la hace estéril cuando quiere, que tan pronto hace que prosperen los añanes del labrador como le priva del fruto de sus trabajos. Es otro sin duda, dicen, quien dispone á su gusto de los vientos favorables que refrigeran la atmósfera, y de los vientos abrasadores que secan los campos y agostan todas las plantas. Es un Dios benéfico el que derrama sobre estas el rocío y la lluvia que les sirven de alimento; es otro Dios terrible quien hace caer el granizo, mueve las borascas, y llena de terror y espanto á los infelices mortales con el estruendo del trueno y los estragos del rayo. Mientras que las divinidades propicias hacen brotar del seno de las rocas las fuentes que nos refrigeran, al paso que conservan la corriente de los rios, otra deidad temible enfurece las olas del mar, y parece querer tragarse la tierra. Si hay un genio amigo de los hombres que les concedió el fuego y les enseñó su favorable uso, no puede ser él mismo el que conmueve los montes y vomita torrentes de fuego por la boca de los volcanes.

Asi descubrieron todos los pueblos privados de la revelacion, ó por su falta, ó por la de sus padres, y bien pronto veremos que hasta los mismos filósofos los confirmaron en sus errores. Si pudiésemos recorrer todos los fenómenos de la naturaleza, hallariamos apenas uno de que no resulten bienes ó males, que no presente objetos de admiracion á los sabios y á los ignorantes, y que no excite en unos y en otros ideas de temor y de reconocimiento. De estas ideas nacieron sin

duda el politeísmo y la idolatría; pero expodremos otras causas que tambien contribuyeron á su nacimiento.

Asi que nada es menos extraño que la multitud de divinidades de toda especie que se mencionan en la mitología de los griegos y romanos. Si conociésemos con tanta exactitud la de los otros pueblos, veriamos que en todas partes fueron unos mismos los objetos, es decir, los seres físicos personificados y divinizados con diferentes nombres y bajo diferentes aspectos. En el hecho de suponer genios en todos los seres naturales, se forjaron otros nuevos para presidir á los talentos, á las ciencias, á las artes, á todas las necesidades, y hasta las pasiones de la humanidad. ¿Quién podría detener la imaginacion en tan libre carrera? Ceres fué la divinidad de las mieses; Baao el dios de las vendimias y del vino; Mercurio y Laverna los protectores de los rateros y ladrones; Minerva la diosa de la industria, de las artes y de las ciencias; Marte y Belona inspiraban aliento y furor á los guerreros; Venus el amor y deleite; Esculapio era invocado para la curacion de las enfermedades, y se erigian altares á la fiebre, al miedo y á la muerte, etc.

Poró ¿cómo concebir todos estos seres imaginarios sino en forma de hombres? Por eso pusieron á unos varones, y á otras hembras: les atribuyeron matrimonios, posteridad y genealogía, inclinaciones, gustos, necesidades, caprichos, debilidades, y todas las pasiones de la humanidad. Fué preciso destinar á cada uno de ellos un culto análogo á su carácter, y la supersticion halló un vasto campo en que ejercitarse con este culto irrisorio. Bajo el mismo plan se compuso la historia de estos dioses, ó por mejor decir, sus fábulas; y los postas se ejercitaron en adornarlas con las risueñas imágenes de la naturaleza. Tal es el fondo y tejido de la teogonia de Hesiodo, tales son los poemas de Homero y las obras de Apolodoro, etc. ¿Podia el error dejar de seducir á todos los hombres con tan bellos atractivos?

La idolatría ya se habia establecido en las naciones literatas, antes que los filósofos principiaron á discutir sobre el origen de las cosas. Sin una luz sobrenatural no era fácil traslucir la verdad en medio del caos de las opiniones populares. Titubeando entre las tinieblas de este caos, unos supusieron la eternidad del mundo, otros lo atribuyeron todo al acaso ó á una ciega necesidad, y todos creyeron la eternidad de la materia. Sin embargo, los mas juiciosos comprendieron

la necesidad de una inteligencia para el arreglo y composición del universo, y por lo mismo admitieron un Dios formador del mundo; este era un paso que los aproximaba a la verdad. Pero; como podían conciliar este dogma de un solo arquitecto supremo con la multitud de dioses adorados por los pueblos? Platon apuró en esta materia toda la sagacidad de su ingenio para inventar su sistema.

En el *Timéo* pone por principio que el alma ó el espíritu debió existir antes de los cuerpos, porque el espíritu es el que mueve, y los cuerpos son incapaces de moverse por sí mismos; y mucho mas incapaces de un movimiento regular: en el l. 10 de las *leyes* no se vale de mas argumento para probar la existencia de Dios: de la cual infiere que Dios, espíritu inteligente y poderoso, formó todos los cuerpos arreglando la materia. Dice que todo el universo se anima y mueve por una grande alma inmensa, extendida por toda la masa; por cuya razon llama al mundo un ser animado, *imagen de Dios inteligente y un Dios engendrado*. Pero no dice de dónde sacó Dios el alma del mundo, si es el mismo, ó si la sacó de un pedazo de sí mismo ó del seno de la materia.

En segundo lugar supone que Dios dividió esta grande alma, que puso una porcion de ella en cada uno de los cuerpos celestes y en el globo de la tierra, y que por lo mismo son estos otros tantos seres animados, vivos é inteligentes: á todas estas grandes masas les da el nombre de *animales divinos, dioses celestiales, dioses visibles*.

En tercer lugar dice que estos dioses visibles engendraron otros que son invisibles, aunque pueden dejarse ver cuando les agrada. Estos son la multitud de genios, demonios ó espíritus, á quienes suponian despararrados por toda la naturaleza, haciéndolos autores de sus fenómenos, y eran á quienes los pueblos ofrecian su incienso. Segun el mismo filósofo, el Dios Padre del universo comisionó á estos últimos para formar á los hombres y á los animales, y les concedió particulas del alma de los astros para que los animasen. « Aunque no podamos, dice, concebir ni explicar el nacimiento de estos dioses, y aunque lo que decimos no esté fundado en ninguna razon cierta ni probable, es preciso sin embargo dar crédito á los antiguos, que se llamaron *hijos de los dioses*, y que debían conocer á sus padres, y nosotros respetar su dicho con arreglo á las leyes. » De este modo sancionó Platon, sin fundamento alguno, y únicamente por respeto á las leyes, todos los errores populares y to-

das las fabulas de la mitología. Hé aqui lo mejor que produjo la filosofía pagana, cultivada por cerca de mil años por los mayores talentos de Grecia y Roma.

Ciceron, en el 2.º libro de la *Naturaleza de los dioses*, y el estóico Balbo siguen el mismo sistema de Platon: dicen que el mundo en el mismo hecho de ser animado ó inteligente es Dios, y que por lo mismo el sol, la luna, los astros, el aire, la tierra y el mar todos son seres animados por el fuego celeste, que es el manantial de toda inteligencia, etc. El mismo Ciceron concluyó su obra, diciendo que de todos los sentimientos que acaba de explicar el de los estóicos le parece el mas verosímil. Los demas filósofos posteriores á los citados, como Celso, Juliano, Porfirio, Jamblico y toda la escuela platónica de Alejandria, continuaron sosteniendo esta pluralidad de dioses, gobernadores del mundo: ninguno de ellos renuncio á este modo de pensar sin que abrazase el cristianismo.

En la *Memor. de la Acad. de las Inscrip.*, t. 71, en 42.º, p. 79, hace ver un sabio que el politeísmo de los fenicios y el de los egipcios no se distinguían en el fondo del politeísmo de los griegos. De todos estos testimonios resulta que los dioses mas antiguos del paganismo, al menos los principales y el mayor número, eran los pretendidos genios ó seres inteligentes que animaban las partes de la naturaleza en el cielo y en la tierra: * [ó mas bien eran los ángeles, á quienes en un principio se limitaron los hombres á honrar como á ministros de Dios, y que en lo sucesivo llegaron á ser el objeto de un culto directo é idolátrico.]

Con el tiempo, cuando las naciones se licieron mas numerosas y aumentaron su poder, se fueron presentando hombres singulares por sus talentos, sus servicios y sus hazañas: la admiración, el reconocimiento y el interes que inclinaron á los pueblos á tributar un culto á los genios motores y gobernadores de la naturaleza, los condujeron tambien á divinizar despues de su muerte á los hombres grandes que miraban como *hijos de los dioses*. Asi se introdujo el culto de los héroes, que bien pronto se confundió con el de los dioses.

Bien sabemos que muchos sabios piensan y quisieron probar que el politeísmo y la *idolatria* principiaron con este culto de los muertos, y que los dioses de la mitología fueron personajes reales y verdaderos, de cuya existencia no puede dudarse. En otra parte examinaremos las razones en que se funda este sistema, y los motivos que tu-

vieron ciertos criticos para sostenerle: por ahora nos limitamos á mostrar la conformidad de nuestra teoria con lo que nos enseñan los libros sagrados; y preferimos sin flutear esta prueba á todas las demás que no pasan de conjeturas.

El autor del *Libro de la Sabiduría*, en el xiv, 1 y 2, se lamenta de la ceguedad de los hombres « que no conocen á Dios, que á vista de sus beneficios no supieron elevarse al que es, ni reconocer al artífice, considerando sus obras, sino que antes bien tuvieron al fuego, al aire, al viento, á los astros, al mar, al sol y á la luna por los dioses que gobiernan el universo. » En el r, 9, se asombra de que los filósofos que creyeron conocer el universo no pudiesen percibir ni vislumbrar al Señor. En el r, 40 tiene aun por mas culpables á los que llamaron *dioses* á las obras de los hombres, al oro, la plata, la piedra ó la madera artificiosamente trabajadas, figuras de hombres ó animales á quienes edifican sus templos y dirigen sus votos y oraciones. En el c. xiv, 12, dice que este desorden fué el origen de la corrupcion de costumbres. En el xv acusa á los paganos de haber adorado la imagen de las personas mas amadas, de un hijo cuya muerte lloraban, de un príncipe, cuyos beneficios habian experimentado, y tambien de haberlos hecho dioses. En el c. 48, observa que las leyes de los príncipes y la industria de los artistas contribuyeron mucho á esta práctica insensata. En el r, 23, hace ver la multitud de crímenes á que dió lugar este abuso. En el r, 27, concluye que el culto de los *ídolos* fué el origen y el colmo de todos los males. En el c. xiv, 17, dice que el hombre vale mucho mas que los dioses que adora; porque aunque mortal, vive, y ellos nunca vivieron. Finalmente acusa á los *idólatras* de que adoran hasta los animales.

Este pasaje nos parece que prueba con bastante claridad lo que sostenemos, que la primera y mas antigua *idolatria* fué la del culto [de los espíritus, y en seguida] el de los astros y de los elementos, porque se les miraba como seres animados, inteligentes, poderosos, y como gobernadores del universo, que despues de la invencion de las artes se les representó en figura de hombres y de animales, á quienes se erigieron templos y altares, aunque ya se adoraban antes los objetos en sí mismos, y que el culto de los muertos es el último periodo de la *idolatria*.

Es verdad que los protestantes no hacen caso alguno del libro de la *Sabiduría*, ni le ponen entre los libros sagrados; pero nos-

otros haremos ver lo contrario. V. SABIURIA. Aun cuando hubiera sido escrito por un autor profano, no habria motivo para refutar su testimonio. Era sin duda un judío de mucha instruccion: habia estudiado profundamente la Sagrada Escritura, porque en el pasaje que acabamos de citar hace sin duda alusion al c. xxv de Isaias: conocia la creencia y las tradiciones de su pueblo, y probablemente habia leído libros antiguos, que por desgracia no conservamos, y todo lo que dice se confirma por la doctrina de los filósofos. Los detractores de su obra no pudieron encontrar en ella ningún error, y solo le acusan de estar imbuido en la filosofía griega, singularmente en la de Platon, y esto no es prueba de que fuese un ignorante; por sus propios ojos juzgaba del verdadero objeto de la *idolatria*. Por lo tanto su opinion debe ser por todos respetos superior á las conjeturas sistématicas de los criticos modernos.

Aun hay mas: lo desafiamos á que cüen en toda la Sagrada Escritura un solo pasaje que pruebe que los principales dioses del paganismo eran muertos dedicados. Ninguna de las palabras hebreas con que nombraban estos dioses los escritores sagrados pueden significar un muerto: *bahalim* significa los dueños ó señores; *elilim*, seres imaginarios, *schedim* ó *schoudim*, seres malvados y destructores; *tsifim*, *schakirim*, animales horribles y salvajes. Todas estas palabras nunca fueron voces propias que significasen los manes ó las almas de los muertos, sino mas bien los demonios ó monstruos, hijos de una imaginacion tímida y desarreglada. Parece que Dios se llamó á sí mismo *el que es* para confundir estas locas ideas, en oposicion á los dioses fantásticos que nunca existieron. Cuando Dios dijo á los israelitas en el *Deuteronomio*, xxxii, 39: « Ved que yo soy solo, y que no hay otro Dios mas que yo » no fué su intencion el separarlos de creer la existencia de las almas de los difuntos. En todas las lecciones que Moisés dio á su pueblo para preservarle de la *idolatria*, iv, 13 y 19, no hay una sola palabra que tienda á impedirles la oracion por los difuntos; solamente les prohibe consultarlos, con ánimo de averiguar el futuro, en el xviii, 41. Si los israelitas hubieran visto practicar en Egipto ó en otra parte el culto de los muertos, no seria excusable el silencio de Moisés.

En el lib. de Job, xxxi, 26, no se hace mencion de ninguna *idolatria*, sino del culto del sol y de la luna. En el c. xxiv, 6 y siguientes, demuestra Isaias lo absurdo del culto de los *ídolos*; pero ni hace la mas minima insi-

nuación de que representasen los muertos. Jeremías observa el mismo silencio, cuando escribe á los judíos cautivos en Babilonia, para impedirles el que adoren á los dioses de los caldeos; Baruch., vi. Hubiera sido una razón muy poderosa el representarles que los personajes, cuyas imágenes adoraban, ya no existían, ni tenían poder alguno; sin embargo, nada de esto dice. Se contenta con asegurarles que estos *ídolos* son semejantes á los muertos arrojados en medio de las tinieblas, v. 10; pero no añade que representaban los muertos. Hace ver Dios á Ezequiel las varias especies de *idolatría* que contaminaron á su pueblo; en el c. viii, 10, le muestra los reptiles, los animales, y los *ídolos* de toda especie pintados en una pared, y los viejos que les quemaban incienso; v. 14, le muestra unas mujeres que lloran por Adónis; en el v. 16, unos hombres que vuelven la espalda al templo de Jerusalén, y adoran al sol de levante. No hay un solo vestigio del culto dado á los muertos, ni aun en las profecías de Daniel, por mucha que sea la frecuencia con que se habla de la *idolatría* de los caldeos. Finalmente, David declara en el salmo cxv, 5, que generalmente los dioses de las naciones nada son, sino seres nulos que nunca existieron, *elhim*: este pasaje nos parece muy decisivo.

De lo cual inferimos que el primero de los autores sagrados que habla del culto de los difuntos, es el del libro de la Sabiduría. Supongamos que hubiese concebido la *idolatría* según el sistema de Platon: no podía tomar mejor quita, porque Platon conocía muy bien el sentido de todos los filósofos que le precedieron, y en realidad no hizo más que dar una base filosófica al sistema popular, igualmente que Zenon y los estoicos. Si en sus lecturas ó en sus viajes hubiese descubierto que los dioses de la mitología habían sido hombres, pudiera decirlo sin riesgo, porque el culto de los héroes no estaba menos autorizado por las leyes que el de los dioses.

Casi quinientos años antes de él, según el cálculo de Herodoto, había dado ya Hesiodo la misma idea de estos personajes en su *Theogonia*. Según este poeta, los primeros dioses fueron la tierra, el cielo, la noche, las aguas, y todas las diferentes partes de la naturaleza; de esto nacieron los pretendidos dioses inmortales que habitan el Olimpo. No habla de los héroes hasta el fin de su poema. No supone hijos del comercio de un dios con una mujer mortal, ó de un hombre con una diosa inmortal; y estos héroes nacieron como todos los demás hombres. Este poema

viene á ser, por decirlo así, el catecismo de los paganos, absolutamente conforme con la creencia popular; y Homero escribió sus fábulas apoyado en este único fundamento. Despues de dos mil seiscientos años es un poco tarde para sostener que se engañaron.

A estos testimonios podríamos añadir el de los antiguos PP. de la Iglesia, de los cuales algunos nacieron en el paganismo, el de los historiadores y de los mitológicos: esto lo hemos verificado en nuestro *Origen de los dioses del Paganismo*, etc., reimpresso en 1774. Por mas que sea una cuestion de pura crítica, su discusión era bastante esencial para poder averiguar en qué consiste fijamente la *idolatría*. En el artículo PAGANISMO, § 4.º, refutaremos á los autores que se empeñan en sostener que fueron hombres, no solo los primeros dioses, sino tambien todos los que se adoraron en el paganismo.

II. ¿Cómo se introdujeron en el mundo el politeísmo y la idolatría? Al pronto parece difícil concebirlo, si atendemos á que, según la Sagrada Escritura, Dios se había revelado á los hombres desde el principio del mundo, y los patriarcas, instruidos por estas divinas lecciones, habían establecido entre sus descendientes el conocimiento y el culto exclusivo de un solo Dios. Sin duda la confusión de las lenguas y la dispersion de las familias no fueron bastante para borrar de su memoria las ideas de la religion que habían aprendido desde su infancia. ¿Y cómo se perdieron ó se alteraron hasta el extremo de desaparecer casi enteramente del universo, y hacer que cayesen los hombres en un caos de errores y de superstición?

Nada de esto hubiera sucedido, si cada padre de familias hubiese cumplido exactamente sus deberes, transmitiendo con fidelidad á sus hijos la doctrina que recibieron de sus mayores. Pero la pereza natural á todos, el amor de la libertad incomodado por el culto divino y los preceptos de la moral, el descontento contra la Providencia, que no les concedía los medios de subsistir á su gusto, y un fondo de corrupción y de perversidad natural, hicieron que los mas mirasen con descuido el culto del Señor. De unos padres tan poco racionales no pudo nacer sino una raza de hijos embrutecidos. De esta manera principió el estado de barbarie, en que los escritores antiguos representaron la cuna de la mayor parte de las naciones. Los hombres, convertidos en estúpidos y salvajes, se vieron en la incapacidad de reflexionar sobre el cuadro de la naturaleza, y sobre la marcha general del universo: no vieron

mas que genios, espíritus y *manitas* en los objetos que los rodeaban.

No sucedió así en todas las naciones. Es imposible que en la Caldea y en la Mesopotamia, tan vecinas á la mansion de Noé, los descendientes de Sem hubiesen perdido del todo el conocimiento de las artes y del culto divino que usaban estos dos patriarcas: por lo mismo en estos dos pueblos el politeísmo y la *idolatría* no nacieron de ignorancia, ni de estupidez. Sin embargo, la historia nos enseña que el culto de un solo Dios unicamente se conservó en ella por espacio de ciento cincuenta, ó, á lo mas, de doscientos años despues de la dispersion. Leemos en el libro de Josué, xxv, 2, y en el de Judith, v, 7, que el politeísmo se había introducido ya en la Caldea entre los ascendientes de Abraham; pero no vemos allí los primeros vestigios de la *idolatría* hasta doscientos años despues, con motivo de los *theraphim* ó *ídolos* de Laban. Génes., xxxi, 19 y 30. Luego este desorden nació de otra causa, y no de falta de luces y conocimientos.

Lo mismo podemos decir respecto al Egipto. Los nietos de Noé nunca se hubieran atrevido á vivir en este país, inundado tres meses del año con las aguas del Nilo, si no hubiesen conocido y practicado las artes de primera necesidad, á ejemplo de su abuelo: el nombre de *misraim*, que les da la Sagrada Escritura, sirve de testimonio de que sabían abrir canales, hacer hornos y preparativos para ponerse á cubierto de las aguas, y esto arte supone el conocimiento de otras. El verdadero Dios era conocido entre ellos en tiempo de Abraham, Génes., xii, 17; y en tiempo de José, xii, 38 y 39. Aun no estaba olvidado del todo en el tiempo de Moisés, Exod., i, 17 y 26; pero los egipcios ya entonces estaban entregados á la superstición mas grosera, puesto que daban culto á los animales, viii, 26. Sin embargo, no eran bárbaros; tenían sus leyes y su gobierno, V. Egipto.

Por una extravagancia todavía mas singular, una vez establecida el politeísmo entre las naciones conocidas, lejos de disminuir con el tiempo, no hizo mas que aumentarse: cuanto mas se civilizaron y pulieron estas naciones, se hicieron mas y mas supersticiosas. Sin duda quiso Dios humillar y confundir la razon humana, dejando á los pueblos cegarse y pervertirse en proporcion á sus progresos en las artes, en las letras y en las ciencias. Este fenómeno nos causaría admiración si no viésemos á los judíos, rodeados de lecciones, de beneficios, y de los milagros del Señor, entregarse furiosamente á la *ido-*

latría, cayendo en ella sin cesar, y aun en el seno del cristianismo, sumergirse en la impiedad y en el ateísmo unos hombres penetrados de luz por todas partes.

Dizámonos, pues, resueltamente que las pasiones humanas fueron la causa del politeísmo y de la *idolatría* en todos los pueblos, así como fueron el manantial de todos los errores y de la irreligion en todos los tiempos.

¶ Pricéaux señala como una de las causas de la *idolatría* el sentimiento que el hombre tenia naturalmente de su propia flaqueza ó indignidad. «Conociendo los hombres, dice, *Hist. des juifs*, t. 1.º, su nada y su indigencia, no podían comprender que ellos mismos tuviesen acceso al Ser Supremo. Le hallaban demasiado puro, demasiado elevado para hombres viles é impuros, como se reconocían á sí mismos. De esto infirieron que era preciso que hubiese un mediador por cuya intervencion pudiesen dirigirse á él; mas no teniendo una revelacion clara de la cualidad del mediador que Dios destinaba al mundo, se escogieron á sí mismos mediadores, por cuyo medio pudiesen dirigirse al Dios supremo; y como creían, por una parte, que el sol, la luna y las estrellas eran la morada de otras tantas inteligencias que animaban á estos cuerpos celestes, y regulaban sus movimientos, y por otra, que estas inteligencias eran unos seres intermedios entre el Dios supremo y los hombres, creyeron tambien que no había otros mas propios para servir de mediadores entre Dios y ellos.»

4º El hombre codicioso, interesado, é insaciable de bienes temporales, pensó que un solo Dios sobradamente ocupado en el gobierno general del mundo no pensaba en él, ni recompensaba largamente los homenajes y el culto que le tributaba, que no proveia bastante á sus necesidades y deseos: por lo mismo quiso poner un Dios particular á cada objeto de sus votos. Esta es la razon que daban los judíos para justificar su *idolatría* en el xiv de *Jerem.*, 17, por las siguientes palabras: «Cuando nosotros ofrecimos sacrificios y libaciones á la reina del cielo ó á la luna como nuestros padres, tuvimos bienes en abundancia, nada nos faltaba y éramos felices, pero despues que hemos dejado de hacerlo, somos presa del hambre, de la miseria y de la espada de nuestros enemigos.» Los mismos filósofos discurrían como los judíos: Celso y Juliano arguyeron mil veces que Dios había tratado mucho mejor á los griegos, á los romanos y á las demás naciones *idolátras*, que á sus adoradores los

judíos: y que por lo mismo habían hecho muy mal los últimos en no seguir el culto de los primeros. Los incrédulos modernos no se desdiciaron de repetir tan absurdo argumento, como si la prosperidad temporal de un pueblo fuese la prueba de la inocencia de su conducta y de la verdad de su religión.

2º La vanidad nunca deja de acompañar al interés: el hombre se lisonjó de que eligiendo un Dios particular para su defensa, este Dios le tendría más afecto á él que á los demás hombres, y que desplegaría todo su poder para recompensarle todas sus adoraciones. El espíritu de propiedad se desliza é introduce de esta manera hasta en la religión: los ricos y grandes quisieran por su orgullo no tener nada de común con el pueblo, ni en los templos, ni en los altares. Vemos el ejemplo en un judío rico llamado Michas: mandó hacer sus *ídolos*, quiso tener en su casa y para él solo un aparato completo de religión. Envanecido de tener un levita á su servicio, dijo: « Dios me hará bien, porque tengo por sacerdote á un hombre de la raza de Levi, » *Jud.*, xvii, 13; haciéndose tanto más culpable, cuanto esperaba que Dios se lo agradeciera. ¿A qué otro motivo se puede atribuir, sino á la vanidad, la multitud de divinidades que inventaron las mujeres romanas, para que presidiesen á sus ocupaciones? Se les figuraba que esto les daba mucha importancia y mucho realce.

Por el mismo motivo pretendían también los poetas que su número era un acceso de furor divino, y que un Dios les inspiraba en aquel momento:

Est Deus in nobis, afflante caecisimus illo.

3º La envidia es inseparable del orgullo: un hombre celoso y lleno de envidia por la prosperidad de su vecino se figuraba que este feliz mortal tenía un Dios á sus órdenes, y quiso el tener otro por no ser menos. En las aldeas se hallan con frecuencia hombres llenos de envidia, que atribuyen á la magia, á los sortilegios y á un pacto con el espíritu infernal la prosperidad de sus competidores. Tito Livio nos presenta un célebre ejemplo de esta verdad en la historia romana, que es bastante conocido y vulgar: las mismas pasiones producen en todo tiempo los mismos efectos.

4º A vista de las prevenciones, rivalidades y odios que siempre reinaron entre las naciones, fácilmente se percibe que al menor rompimiento suponía cada una que los dioses de sus enemigos no podían serlo suyos. Todas, pues, adoptaron sus peculiares genios,

dioses indigetes y locales, no habiendo ni una sola ciudad que no tuviese su dios tutelar. Se distinguían los dioses de los griegos de los de los troyanos; las divinidades de Roma de las de Cartago. Los romanos invocaban con la mayor gravedad á sus dioses protectores antes de principiar la guerra contra un pueblo, prometiendo edificarles en Roma nuevos templos y altares: la sagacidad patriótica les persuadía de que todos los dioses se lisonjaban de tener derecho de ciudadanía en una corte tan célebre como Roma.

5º A la manera que se ven hombres tan poseídos de la venganza ó de los furros del amor, que llegan á invocar las potestades infernales para satisfacer sus deseos desahogados, así los paganos crearon de intento dioses para presidir al amor y la venganza: se empeñaron en que estas pasiones insensatas eran inspiradas por una potestad sobrenatural y divina, y que el entregarse á ellas era el único medio de agradar á los dioses, protectores del vicio. Así sacrificaron altares á Venus, Marte y Baco, etc. Cicerón lo confiesa en nombre de Balbo, *de Nat. Deor.*, lib. 2. *úim.* 61. En honor de estas deidades se cometían los mayores excesos cuando se celebraban sus fiestas: tal fué el medio espereioso que encontraron los hombres relajados y ciegos para cambiar sus crímenes en actos religiosos. El profeta Baruch nos hace ver los efectos de esta demencia en su conducta de los babilonios, y su dicho se confirma por los autores profanos: según sus relaciones; aun subsiste entre los indios tan infame culto. En el seno del cristianismo el exceso de la venganza causó muchas veces las mas horrosas impiedades y profanaciones. *Mem. de la Academ. de las Inscript.*, t. 15, en 42.º, pág. 426 y siguientes.

6º La licencia de las fiestas paganas contribuyó mas que ninguna otra causa á extender el politeísmo; cada nuevo personaje divinizado daba motivo á nuevas asambleas, nuevos jueces y nuevos espectáculos: estaban señaladas en el calendario romano para todos los tiempos del año. Este fué tambien el lazo que arrastró con tanta frecuencia á los judíos á la *idolatría* de sus vecinos: asistían á sus fiestas, tomaban parte en ellas, y se iniciaban en sus misterios. Tambien es lo que sirvió para conservar el paganismo cuando se predicó el Evangelio. En otra parte veremos los sofismas y pretextos que alegaba un gentil para defender su religión contra los doctores cristianos. Tácito, con toda su gravedad, despreciaba las fiestas de los judíos, porque eran menos alegres y

menos licenciosas que las de Baco. *Hist.*, lib. 5, c. 5.

Algunos filósofos incrédulos se empeñaron en que este monton de fábulas, absurdos y supersticiones fué principalmente obra de los sacerdotes que tenían en esto verdadero interés, haciendo con ellos su ministerio necesario y respetable. Aun cuando fuera cierto, no por eso habrían tenido menos influjo las causas que hemos insinuado; pero es una falsa conjetura. 1º El politeísmo ó *idolatría* nacieron con frecuencia en pueblos bárbaros y salvajes que no tenían sacerdotes, ni falsos doctores, ni ministros de la religión, ni otros jefes del culto que los padres de familia, lo mismo que sucedía en las primeras edades del mundo. No vemos que interés podía tener un padre en engañar á sus hijos en materia de religión, sin haberse primero engañado á sí mismo. Los estúpidos é ignorantes nunca tuvieron necesidad de sacerdotes para inventar delirios, sorprenderse continuamente por un terror pánico, imaginar espíritus y duendes que lo dominan todo; en el día lo hacen tambien, a pesar de las lecciones de los sacerdotes. 2º Al principio de las sociedades civiles presidían los reyes el culto público: el sacerdocio se reunía con el cetro, no para hacer este mas absoluto, porque no lo había sido menos el de los padres de familia, sino para hacer la religión mas respetable. Los falsos dioses, las fábulas y las supersticiones eran de mas antigüedad que los reyes: se habían introducido entre los hombres, cuando aun estaban dispersos, eran estúpidos y semisalvajes. 3º Entre los adoradores del verdadero Dios no se respetaba menos el sacerdocio que entre los *idolátras*: por consiguiente ningún interés podían tener en variar la creencia ó el culto de su pueblo. Cuando los judíos se entregaban á la *idolatría*, el ministerio de los sacerdotes se les hacía inútil, y su subsistencia era muy precaria; lo vemos con el ejemplo del levita de que hemos hablado, quien por falta de recursos se hizo sacerdote doméstico de un judío *idolatra*. Siempre que hubo algun trastorno en la religión, las primeras víctimas fueron los sacerdotes. 4º En el paganismo no debían los sacerdotes ser mas ilustrados, ni mas cuidadosos contra la superstición que los filósofos: estos erigieron en dogmas y en sistema reglamentado los absurdos del politeísmo y de la *idolatría*, la verdad de este aserto resulta de lo que hemos visto por la teoría de Platon y del escítico Balbo, en el lib. 2 de la *Natur. de los dioses*, de Cicerón, que hemos citado. Al con-

trario, un pontífice retuta en el tercero todas las hipótesis filosóficas relativas á la Divinidad, y sostiene que la religión solo se funda en las leyes y en la autoridad de los antiguos.

Entre todas las causas referidas que contribuyeron al nacimiento del politeísmo ó á su conservación, ninguna se encuentra que pueda decirse plausible; al contrario, todas merecen la censura mas rigorosa.

III. ¿En qué ha consistido el crimen de los *idolátras* y *politeístas*? Lo que hemos dicho hasta aquí podía ser bastante para satisfacer á esta pregunta, pero bueno será que lo exponamos mas por menor.

1º El culto de los paganos no se dirigía mas que á unos seres imaginarios, forjados á discreción por hombres estúpidos y perzosos. Los pretendidos demonios ó genios, duenos y gobernadores de la naturaleza, como Jupiter, Juno, Apolo, Neptuno, etc., solo existían en la imaginación de los paganos. Bien sea que los creyesen iguales é independientes, ó bien que los tuviesen por subordinados á un ser superior, era un ultraje para su providencia el imaginar que ni se había dignado criar el género humano, ni tenía ningún cuidado de los hombres; que abandonaba su suerte al capricho de muchos espíritus extravagantes y viciosos, frecuentemente injustos y maléficos, quienes en nada contaban con la virtud de sus adoradores, sino solo con los homenajes externos que se les prodigaba. Era un abuso inexcusable el establecer para ellos un culto pomposo, mientras que el Criador, soberano árbitro del universo, no recibía ningunas adoraciones.

2º Era una ceguedad el llamar dioses á estos seres fantásticos, y revestirlos de los atributos incommunicables de la Divinidad, como la omnipotencia, el conocimiento de todas las cosas y la presencia en todos los lugares y en todos los símbolos consagrados en honra suya, y por otra parte atribuirles todas las pasiones y todos los vicios de la naturaleza humana, pintarlos como protectores del crimen en la religión, las primeras víctimas fueron los sacerdotes. 4º En el paganismo no debían los sacerdotes ser mas ilustrados, ni mas cuidadosos contra la superstición que los filósofos: estos erigieron en dogmas y en sistema reglamentado los absurdos del politeísmo y de la *idolatría*, la verdad de este aserto resulta de lo que hemos visto por la teoría de Platon y del escítico Balbo, en el lib. 2 de la *Natur. de los dioses*, de Cicerón, que hemos citado. Al con-

3º Los *ídolos* eran por lo general unas estatuas puestas en una desnudez vergonzosa, y representaban los personajes mas infames, como Baco, Venus, Cupido, Priapo, Adónis,

los dioses crópticos, etc. Muchos eran monstruos, como Anubis, Atergatis, los Tritones, las Furias, etc. Otros representaban á los dioses acompañados de los símbolos del vicio: á Júpiter con el águila que había robado á Ganimedes, á Juno con el pavo real, figura del orgullo; á Venus con las palomas, animales lúbricos; á Mercurio con la bolsa del dinero, figura del robo, etc.

4º Era una locura creer que en virtud de una pretendida consagración venían estos demonios ó genios á residir en sus estatuas, como lo aseguraban seriamente los filósofos, que por medio de la teúrgia, de la magia y de las invocaciones se podía hacer que se animase un simulacro, y se encerrase en él el número que representaba: sin embargo esta era la creencia común, como después probaremos.

5º Era otro rasgo de demencia el mezclar en el culto de semejantes objetos, no solamente ceremonias absurdas, sino también criminales, infames y crueles, como la borrachera, la prostitución, las acciones contra la naturaleza y la efusión de sangre humana. Esto mismo echaron en cara á los paganos el autor del libro de la Sabiduría en el lugar citado, los santos PP., testigos oculares de todos estos hechos, los autores profanos mas instruidos y hasta los mismos poetas.

Acaseo dirán que en el estado de barbarie, de ignorancia y de estupidez en que cayeron la mayor parte de los pueblos, eran incapaces de conocer la enormidad de los crímenes que cometían, y menos la injuria contra Dios á quien no conocían; que á lo menos se podría decir que fueron mas dignos de compasión que de cólera y de castigo. Pero hemos hecho ver que por su culpa cayeron en este estado de barbarie; que Dios les habria dado la instrucción suficiente, no solo por las luces de la razon y el espectáculo de la naturaleza, sino tambien por lecciones de viva voz durante un gran número de siglos. Además, no sabemos hasta qué punto se dignó Dios suplir por medio de sus gracias interiores los auxilios naturales de que carecían los pueblos bárbaros, como ni tampoco sabemos hasta qué punto se hicieron culpables por su resistencia: solo Dios puede juzgarlo; y no podemos absolverlos, porque los libros sagrados los condenan. En cuanto á los que conocieron al principio el verdadero Dios ó pudieran conocerle, y se entregaron á la idolatría por la influencia de sus pasiones, su crimen es evidentemente inexcusable.

Es cierto que los mas culpables son los filósofos, y el mismo S. Pablo declara que son

inexcusables, porque habiendo conocido á Dios, su poder eterno y todos los demás atributos invisibles, no le glorificaron como Dios, sino que se entregaron á vanas especulaciones y á todos los desarreglos de un corazón corrompido. *Epíst. á los rom.*, 1, 19 y sig. Un ligero exámen del sistema de Platon, que era el mismo que el de los estoicos, bastará para justificar esta sentencia del Apóstol.

Este filósofo pecó primeramente, como todos los demás, en suponer la materia eterna, y al mismo tiempo capaz de alteración; debiera conocer que un ser eterno existe necesariamente tal cual es, y que por consiguiente es por esencia inmutable. Si Dios no fué la causa productiva de la materia, ninguna potestad tiene sobre ella, y en este caso será la materia tan necesaria é inmutable como el mismo Dios. Este es el argumento sin réplica que usaron los santos PP. contra los filósofos de su tiempo.

Lo segundo, pecó en suponer á Dios eterno, y al mismo tiempo atribuirle un poder muy limitado, que se reduce á dar á la materia una forma y un movimiento regular. Debía conocer que no hay nada limitado sin causa, que un ser eterno y necesario no tiene, y que por consiguiente no puede ser limitado ni en sí mismo, ni en ninguno de sus atributos y perfecciones. En Dios la necesidad de ser es absoluta é independiente de toda suposición: una necesidad contradictoria. Despreciando limitada suponía Platon que Dios, aunque bastante poderoso para arreglar la materia é inspirarle un movimiento, no tuvo bastante poder para conservarle, y que para esto se necesitó una grande alma esparcida por toda la masa, y porciones de esta alma distribuidas en todos los cuerpos.

De dónde salió esta idea? Platon no nos lo dice: si es una porción de la sustancia de Dios, este filósofo no se hizo cargo de que siendo el espíritu un ser simple y principio del movimiento, es esencialmente indivisible; que así esta alma, dividida en las porciones que animan los astros, la tierra y los animales, es un desatino palpable. Este sistema no se distingue del de los estoicos, quienes miraban á Dios como el alma del mundo. Véase este artículo. No se percibe cómo pudieron estos grandes genios figurarse que el alma de un perro y la de una hormiga pueden ser una porción de la naturaleza divina. Si esta alma estaba ya en la materia, en el mismo hecho era tan eterna como Dios y como la materia misma; y una vez que, según Platon, el espíritu es por su

esencia el principio del movimiento, el alma de la materia debía ya mover á esta antes que Dios la hubiese arreglado. Este filósofo no se entendió á sí mismo, cuando dijo, que el espíritu debió necesariamente existir antes que los cuerpos, puesto que es él quien los mueve; ¿cómo pudo existir el espíritu antes que una materia eterna?

Sin embargo, Platon no tenia otro medio para demostrar metafísicamente la existencia de Dios. Véase el libro 10 de las leyes.

En este sistema no tiene Dios providencia; no se mezcla ni en la conservación, ni en el gobierno del mundo. Fatigado sin duda del arreglo de la materia y de la formación de los cuerpos celestes, no solamente no tuvo la dignación de ocuparse en producir los dioses de segundo orden, sino que ni tampoco en la producción de los hombres y animales. Los dioses vulgares nacieron, no se sabe cómo, de los dioses celestes, y el Padre del mundo dió comision á estos para que formasen los hombres y animales: para esta obra él no puso por su parte sino las almas necesarias para que fuesen vivientes, desprendiendo para ello algunas particulas del alma de los astros. De este modo el hombre no se distingue de los animales sino por una organización mas perfecta. En este supuesto, los hombres no deben al Ser Eterno, Padre del mundo, su nacimiento ni su suerte, se lo deben á los dioses populares, de quienes él no es padre sino abuelo. Estos son los únicos árbitros de los bienes y de los males que suceden y del destino de los hombres.

En el libro 10 de las leyes trata el filósofo Platon de probar la providencia, no del Dios Eterno, Padre del mundo, sino de los dioses: nunca se expresó de otra manera, ni hubiera podido verificarlo sin contradecirse. Por consiguiente Porfirio discurrió como buen platónico, cuando decidió magistralmente que no se debe dirigir ningun culto, ni aun interior, al Dios Supremo, sino solo á los genios ó dioses inferiores; *lib. 2. de Abstin.*, n. 34. En este sistema, si hemos de hablar con propiedad, el Padre del mundo no es Dios ni Señor, porque en nada se mezcla. Celso no fué sincero cuando dijo: Quien honra á los genios honra al Dios Supremo de quien son ministros. *Orígenes*, l. 8, n. 66. ¿Cómo pudieran honrar los pueblos á un ser que no conocían, y que los filósofos habian inventado únicamente para paliar los absurdos del politeísmo? Aun faltaba mas groseramente á la verdad Juliano, cuando decía que los paganos adoraban el mismo Dios que los judíos. S. Cirilo, l. 10, p. 354. Estos adoraban al

Criador del mundo, de los espíritus y de los hombres, y único árbitro del universo, que no tenia necesidad para gobernarle de ministros ni lugartenientes.

No sabemos en qué se fundaron algunos sabios modernos, celosos de la gloria de Platon, para decir que, según este filósofo, Dios, que es la suma bondad, produjo el mundo y todos los seres inferiores á él, los cuales por consiguiente son todos criaturas, y no son dioses en la verdadera acepción de la palabra, porque dependen del Dios supremo en su ser y en su conservación. Es cierto que por el mismo texto de Platon, hablando en rigor, Dios no produjo el cuerpo ni el alma de los seres inferiores á él; solo arregló la materia de que se componen los cuerpos, y no se sabe de dónde tomó las almas que les introdujo. No fué el padre de los dioses populares quien les dió el ser, sino que fueron los dioses celestiales. Ellos son criaturas, si se quiere, en el sentido de que principiaron á ser; pero son tambien dioses en el verdadero sentido de la palabra, según lo entendía Platon; porque gobiernan el mundo como les acomoda, sin tener que dar cuenta á nadie. Platon no atribuyó jamás al Espíritu eterno, Padre del mundo, ninguna inspección sobre la conducta de los dioses que le gobiernan, ni jamás insinuó que hubiese obligación de darle culto.

Al contrario dice en el *Timeo*, que es difícil descubrir el artificio y el Padre de este mundo, y que es imposible hacer que el vulgo le conozca. Las ideas que se le quieren atribuir fueron sin duda tomadas del cristianismo por los últimos platónicos, para defender su sistema contra los doctores cristianos.

Cuando nuestros filósofos incrédulos tratan de disculpar hasta el comun de los paganos, diciendo que todos admitían un Dios supremo, que el culto de los genios se refería á él, y que era un culto subordinado y relativo, etc., no hacen mas que publicar su ignorancia ó su mala fe; en el párrafo siguiente haremos ver todo lo contrario. Cuando Platon declara que es preciso mantener el culto de los dioses según está establecido por las leyes, y castigar severamente á los ateos é impíos, no alega las razones de nuestros filósofos modernos, sino la necesidad absoluta de una religion para el buen orden de la república. El académico Gotta quiere tambien que, á pesar de todos los discursos filosóficos, se atengan los pueblos á las leyes y á los usos establecidos en todos tiempos. *Cic., de Nat. deor.*, lib. 3. Luego el

paganismo estaba únicamente fundado, no en las especulaciones filosóficas, sino en la costumbre y en las leyes. Lo dice expresamente Séneca citado por san Augustín, *lib. 6, de Civ. Dei*, cap. 10. Minucio Félix, en el núm. 3, asegura que el pagano Cecilio, en orden á la cuestión de si el mundo fué formado por casualidad ó por una necesidad absoluta, ó por la operación de un Dios, sostiene que no dice relación alguna á la religión; que la naturaleza sigue su marcha eterna, sin que se mezcle en ella un Dios; número 10, que su atención no podría ser bastante para el gobierno general del mundo y los cuidados minuciosos de cada particular; núm. 5, que si el mundo fuese gobernado por una sabia providencia, las cosas no irían sin duda como van. « Una vez, dice, que no hay sino duda é incertidumbre sobre todo esto, nada podemos hacer mejor que atendernos á las lecciones de nuestros antepasados y á la religión que nos transmitieron, adorando los dioses que nos dieron á conocer, y que sin duda en el origen del mundo instruyeron y gobernaron á los hombres. « Es bien extraño que los críticos modernos quieran entender mejor el paganismo que los filósofos antiguos.

Por este caos de errores, universalmente seguidos, se ve la importancia y necesidad del dogma de la creación: sin este rayo de luz la naturaleza de Dios, la esencia de los espíritus y el origen de las cosas son enigmas, que no pueden descifrarse, y que hicieron delirar á los mayores genios del universo. Pero dijo Dios: *Que haya luz, y hubo luz*. Esta sentencia sagrada que dispuso al principio las tinieblas del mundo, nos ilumina también ahora, enseñándonos á discurrir. Dios obra por solo su voluntad; luego es eterno, único ser que existe por sí mismo, espíritu puro, inmortal, inmutable, todopoderoso, libre é independiente, y sin mas necesidad que la de existir. Los espíritus y los cuerpos, los hombres y los animales, todo es obra de su sola voluntad: la conservación y el gobierno del mundo no le cuesta mas que la creación: no necesita de un alma del mundo, ni de comisionados, ni ministros subalternos: el llamar *dioses* mas que á él, y aun solo imaginarlo, es ultrajar su poder y su grandeza: él es solo, y *á nadie cedará su gloria*. Isaías, *lxviii*, 11.

En segundo lugar, se conoce la energía de la Sagrada Escritura en llamar á Dios *Dios del cielo, Dios de los ejércitos celestiales*. El es quien crió no solamente estos globos celestes, que giran sobre nuestras cabezas, sino que también es quien, por su sola voluntad

y sin haberlos animado, dirige su curso para utilidad de todas las naciones de la tierra. *Deut.*, iv, 49. Por consiguiente, los astros no son dioses, ni árbitros de nuestros destinos, sino antorchas destinadas á alumbrarnos, y nada mas: por lo mismo, sería una locura éld adorarlos.

Finalmente se ve la sabiduría y la necesidad de las leyes por las cuales prohibió Dios con tanta severidad la idolatría. Una vez admitido este error, era imposible contener el torrente de desatinos y desórdenes que arrastraba en pos de sí. Tenía tal poder para cegar y embrutecer á los hombres, que los mejores genios de la antigüedad, habiendo pasado su vida en reflexionar y meditar, no pudieron conocer su absurdo, ó no tuvieron valor para contrariarle: las consecuencias de la idolatría aun fueron mas perniciosas á las costumbres que á la filosofía: despues lo demostraremos.

IV. ¿A quién era dirigido el culto de la idolatría? No debíamos vernos en necesidad de tratar esta cuestión, habiendo dicho hasta aquí, y habiendo probado que el culto de los *ídolos* no podía en ningún sentido referirse al verdadero Dios; pero tenemos unos adversarios que no se rinden, si no se les obliga con pruebas demostrativas; no nos faltan, y vamos á proponérselas. En su opinión, hicieron mal los escritores sagrados en acusar á los paganos de que adoraban madera, piedra y metálas. *Salm.* cxii y cxvii; *Baruch.*, vi; *Sabiduría*, xv, 13, etc. La intención de los paganos, dicen, no era dirigir el culto al *ídolo* ante quien se prosternaban, sino al Dios que representaba: estaban muy lejos de creer que una estatua fuese una divinidad. Vamos á probar lo contrario.

Todo el mundo conoce la superchería de que usaron los sacerdotes caldeos para convencer al rey de Babilonia de que la estatua de Belera era una divinidad viviente, que bebía y comía las provisiones que diariamente se le ofrecían: esta historia se refiere en el libro de *Daniel*, iv.

Diógenes Laercio, en la *Vida de Stipón*, *lib. 2*, nos dice que este filósofo fué destruido de Atenas por haber sostenido que la Minerva de Fichas no era una divinidad.

Leemos en Tito Livio que habiéndose apoderado Herdonio del capitolio con una multitud de esclavos y desterrados, el cónsul Publio Valerio representó al pueblo que Júpiter, Juno y los demás dioses y diosas hablaban en su ciudad ó en las estatuas, *l. 3, c. 17*.

Ciceron, en sus *Arengas contra Verres*, dice que los sicilianos ya no tienen en sus ciuda-

des dioses á quienes recurrir, porque Verres destruyó todos los simulacros de sus tiempos. *Act. II de Signis*. Defendiendo á Milon, y lamentándose de su suerte, hablando por incidencia de Clodio, dice: « Y tú, Júpiter Latino, vengador del crimen, desde lo alto de tu monte tuviste los ojos abiertos para castigarle. » De lo cual se infiere que estaba convencido de que Júpiter residía en el capitolio, en el templo y en la estatua que allí se adoraba.

Pausanias, *l. 3, c. 16*, hablando de la estatua de Diana Táurica, á cuya presencia azzotaban sus niños los esparciatas hasta derramar su sangre inocente, dice que es como natural á esta estatua el amor de la sangre humana, por haberse arraigado en ella el hábito que contrajo entre los barbaros.

Porfirio dice que los dioses habitan en sus estatuas, y que residen en ellas como en un lugar sagrado: en los libros de Hermés se enseña la misma doctrina. Véase á Eusebio, *Præparat. evang.*, *l. 5, c. 5*; á S. Agustín, *de Civ. Dei*, *l. 8, c. 23*.

Jamblico habia compuesto una obra para probar que los *ídolos* eran divinos y estaban llenos de una sustancia divina. Véase á Focio, *Cod.* 216. Proclo dice expresamente que las estatuas atraen á sí los demonios ó genios, y contienen en sí mismas todo el espíritu en virtud de su consagración. *Lib. de Sacrif. et Magia*.

Vosotros os engañais, dice un pagano, en Arnobio, *l. 6, n. 27*: nosotros no creemos que el bronce, la plata, el oro y las demás materias de que se hacen los simulacros son dioses, sino que honramos á los mismos dioses en estos simulacros, porque vienen á residir en ellos en el hecho de estarles dedicadas.

Consiguientemente á esta doctrina, dice Marcial en uno de sus epigramas, que el artífice que hace las estatuas no es quien hace los dioses, sino el que las adora y les ofrece su incienso: con mucha mas razón el que las consagra por medio de las ceremonias, á las cuales se atribuye la virtud de atraer á ellas los dioses.

Máximo de Mandaura, filósofo pagano, escribe á S. Agustín las siguientes palabras: « La plaza pública de nuestra ciudad sirve de residencia á un gran número de divinidades, cuyos socorros y asistencia estamos experimentando. » *Epist.* 16.

Segun el autor de las *Clementinas*, *Homil. 40, núm. 21*, para justificar su culto los paganos decían: « En nuestras divinidades no adoramos el oro, la plata, la madera ni la piedra: sabemos que todo esto no es mas que

una materia insensible y obra de los hombres; pero tenemos por dioses los espíritus que residen en ella. »

Por lo mismo, es indudable que segun la creencia general de los paganos, tanto ignorantes como filósofos, los *ídolos* estaban animados por la pretendida divinidad que representaban: luego el culto que se les daba era dirigido á ellos, no como á una masa de materia insensible, sino como á un ser vivo, santificado y divinizado con la presencia de un espíritu, de un genio ó de un Dios; si esto no es una idolatría en toda la extensión de la palabra, suplicamos á nuestros adversarios que nos la definan con mas claridad para entenderla.

En esta hipótesis es enteramente verdadero que el *ídolo* es un Dios, y que á los *ídolos* se dirige el culto del paganismo.

De aquí salieron tantas historias de estatuas que hablaban, que se habian vuelto oráculos, que habian dado señales de la voluntad de los dioses; de aquí la locura de los paganos en creer que lo que hacían con los *ídolos*, lo hacían con los mismos dioses. Cuando Alejandro sitió la ciudad de Tiro, los tirus amarraron la estatua de Hércules, su dios tutelar, con cadenas de oro, con el fin de retener en su ciudad á este dios por la fuerza. Las doncellas y matronas romanas servían á la estatua de Venus, ejerciendo con ella todas las funciones de camareras y azafatas, no dejando nunca de tener á su presencia un espejo. En las grandes solemnidades acostaban á sus *ídolos* sobre almohadas para que los dioses descansasen mas blandamente. Id al capitolio, dice Séneca, en su *Tratado de la superstición*, y os avergonzaréis de las locuras públicas y de las vanas funciones que allí ejecuta la demencia. El uno refiere al dios los nombres de los que llegan; el otro dice á Júpiter las horas del día y de la noche; este le sirve de criado, el otro de ayuda de cámara, desempeñando su oficio con gestos y contorsiones. Algunos convidan á los dioses con las asignaciones que recibieron, otros les presentan demandas instruyéndolos de su causa.....

Allí vereis mujeres apasionadas que se figuran amadas por Júpiter, y no temen la cólera y los celos de Juno, etc. En S. Agustín, *de Civ. Dei*, *l. 6, c. 10*. Cuando se descontentaban con los dioses, los maltrataban prodigandoles ultrajes. Despues de la muerte de Germanico, furioso el pueblo romano corrió á los templos, apodró las estatuas de los dioses, y estuvo á punto de hacerlos pedazos. Indignado Augusto de haber perdido su flota por una tempestad, mandó que se hiciera una solemne

procecion, y no quiso que en ella se llevase la imagen de Neptuno, mostrando que tomaba venganza; lo mismo un chino, si se enoja contra su dios, arroja su *idolo*, le pisa, le arrastra por el lodo y le deshace á golpes.

Asi que se equivocan algunos críticos temerarios tratando de sostener que el culto de los paganos no era una *idolatria*, porque no se referia á un *idolo*, sino al *dios* que representaba; que este culto era subordinado y relativo, y que en último análisis se dirigia al Dios Supremo, de quien habian recibido los dioses inferiores la existencia y el poder que ejercian. Nosotros hemos probado que los paganos en general no tenian conocimiento alguno de un Dios Supremo, autor del mundo y de los seres que contiene; que este sistema de Platon no le recibian los demás filósofos, y que el mismo Platon no queria que se revelase al vulgo este secreto. Además preguntamos: ¿qué relacion podia tener con el Dios Supremo el culto de un Júpiter incestuoso y relajado, de un Marte cruel y sanguinario, de una Vénus adúltera y prostituta, de un Baco, dios de la embriaguez, y de un Mercurio, dios de la rapina, etc., etc.? Si los homenajes que los rendian recayesen en el Dios Supremo, será tambien preciso convenir en que en él terminaban los insultos y ultrajes, y que estos eran otras tantas impiedades cometidas contra él mismo. ¿Cómo será posible justificar en esto á los paganos?

Convengamos, pues, en que los paganos en materia de religion no discurrían; que se dejaban conducir como niños y verdaderos insensatos. Y que segun la expresion de S. Pablo, 1.^a *Epist. á los Corint.*, xn, 2, el pueblo adoraba las mudas estatuas de los *idolos* segun se las ponian; por consiguiente, como un rebaño de animales. Las leyes, la practica de todos los pueblos, á esto se reducian todas sus razones: no pudieron alcanzar otras Platon, Cotta, Varron y Séneca, que fueron los mas celosos defensores del paganismo. Es una verdadera demencia querer excusar lo que los mas sabios de ellos mismos han condenado.

* [Algunas palabras de M. Riambourg completarán las ideas emitidas en los cuatro párrafos precedentes.

La confusion que ofrece la historia primitiva de los pueblos segun los libros sagrados, véase * LIBROS SANTOS, exceptuando uno solo, no resulta únicamente de la alteracion insensible de las tradiciones. El abuso de los simbolos ha contribuido á ella en gran manera. Además, se han introducido en las tradi-

ciones algunos hechos de historia local, y como no podia menos, habiendo mezclado la imaginacion estos elementos, fué creciendo la confusion, y el número de los dioses se fué aumentando sin medida.

Pero cuanto mas se remonta uno á la antigüedad, mas puro es el dogma, mas sencillo el culto: las tradiciones se desembarazan desde luego de lo que es local, en seguida desaparecen los idolos, los mitos ó fábulas son mas raras, y el sabeísmo aparece en toda su desnudez. Si se sube mas al origen, siempre halla uno que el fuego, el aire y la tierra son las divinidades de los hombres. Anteriormente aparece que lo son los genios que presiden á los elementos. En fin, en el principio de los tiempos se ve que lo es un Dios Supremo con inteligencias superiores por ministros. Tal es tambien la tradicion de los hebreos.

Esta idea de Dios se sostuvo largo tiempo, dominando las supersticiones. La lucha empezó hacia el tiempo de Abraham. Desde entonces data la degeneracion sucesiva: el primer culto fué el de los genios; segundo, el de los astros ó sabeísmo; y tercero, el de los idolos. La raza jafética adoraba mas particularmente al genio; la semítica se entregaba al sabeísmo; la raza de Cham era especialmente idolatra.

Hay respecto á esto un contraste muy notable entre el Egipto y la China; los chinos se detuvieron en el primer grado de la generacion; mientras que el Egipto rodó hasta lo profundo del abismo.

Otro contraste: el Egipto y la Judea eran limítrofes; sin embargo el Egipto adoraba á todas las cosas, y la Judea no adoraba mas que á un Dios.

Para explicar este fenómeno son bien débiles las razones naturales!....]

V. *Fuertes consecuencias del politeísmo y de la idolatria para las costumbres y el orden de la sociedad*. Ya hemos visto que el autor del libro de la *Sabiduría* asegura y prueba invenciblemente, que el culto de los idolos fué el manantial y el colmo de todos los males. *Sabid.*, xiv, 23 y sig. Reprende en los paganos su carácter engañador, las infidelidades, el perjurio, los odios, la venganza, el homicidio, la corrupcion de los matrimonios, la incertidumbre de la suerte de los niños, el adulterio, la impudicia publica, las vigiliadas nocturnas y licenciosas, los sacrificios ofrecidos en tinieblas, los niños inmolados en los altares, el olvido y desprecio de toda divinidad. S. Pablo repite la misma acusacion en su Epistola á los romanos, i, 24; re-

cuerda á los fieles los vicios á que estaban sujetos antes de haber abrazado la fe, 1.^a *Epist. á los Corint.*, vi, 11. Es preciso que todos estos crímenes fuesen inseparables de la *idolatria*, porque ya Moisés los echaba en cara á los cananeos en el *Levitico*, xvii, 27. Los profetas se los imputan á los judios cuando se hacian *idolátras*, *Isaías*, i; *Jerem.*, vii y viii, etc. Los santos PP., Tertuliano en su *Apologético*, S. Cipriano en la primera de sus *Cortas*, Lactancio en sus *Divinas Instituciones*, S. Agustín en muchas de sus obras, etc., hacen un cuadro de las costumbres paganas que horroriza. Si necesitáramos de testigos, las *satiras* de Perseo, de Juvenal y de Luciano, la narracion de los historiadores y los escritos de los filósofos servirian para confirmarlo. Uno de los mas fuertes argumentos de los apologistas cristianos para probar la divinidad de la religion, es el cambio que producía en las costumbres y la comparacion que se podia hacer entre la santidad de la vida de los fieles y la conducta abominable de los paganos.

En vano dicen que á pesar de esta depravacion el paganismo no habia destruido la moral, y que los filósofos daban muy buenas lecciones. Sin confesar la pretendida excelencia de la moral de los filósofos paganos, cuyo punto examinaremos en el artículo *Moral*, quisiéramos saber qué efectos podria producir esta, cuando la religion, el culto y el ejemplo daban lecciones del todo contrarias. ¿Podrian los hombres ser culpables imitando la conducta de los dioses que adoraban? Además, los filósofos no enseñaban al pueblo, y este sabia que su conducta era muy poco conforme á sus preceptos: ellos no tenían ningun carácter, ninguna mision divina ni autoridad que impusiese al pueblo, y disputaban entre sí sobre la moral lo mismo que sobre las demás cuestiones. Si reflexionamos la licencia con que se hizo en el teatro de Atenas burla y juguete de la moral de Sócrates, podremos hacer juicio del poder que tenían los filósofos para reformarla. Ciceron, Séneca, Lactancio y S. Agustín hacen ver que la religion pagana no tenía ninguna relacion con la moral; que estas dos cosas eran enteramente inencontrables: esto mismo lo prueba tambien Bayle, y demuestra que los paganos debian cometer crímenes por motivo de religion. *Contín. des pensées div.*, § 33, 34, 36 y siguientes.

En efecto, prescindiendo de los ejemplos que nos presenta la Sagrada Escritura, sabemos lo que era la religion entre los griegos y romanos, y que la fijaban en puras ceremo-

nias, en la mayor parte absurdas ó criminales. En las necesidades públicas se ofrecían á los dioses muchas victimas y sacrificios; pero nunca ofrecian actos de virtud. Para calmar la ira de los dioses se celebraban los juegos del circo, se ordenaban los combates de los gladiadores, se representaban en las piezas dramáticas las escandalosas aventuras de los dioses, y se prometían á Vénus algunas cortesanas: las fiestas de esta divinidad no se celebraban completamente si en ellas no se entregaban á la impureza; y lo mismo las de Baco, si en la bebida no se cometían algunos excesos. Las de la diosa Flora eran aun mas licenciosas. El frenesi de los *idolátras* sobresalía extraordinariamente en los sacrificios en que se inmolaban á los dioses los prisioneros de guerra: casi nunca obtuvo el honor del triunfo un general romano, sin que fuese seguido del asesinato de los vencidos que llevaba amarrados á su carro. ¿Podían los dioses ser tan voraces de carne humana? ¿No fué posible que los imaginasen menos crueles? Bien sabido es cuántos millares de cristianos fueron victimas de esta religion sanguinaria; en medio de la embriaguez de sus espectáculos gritaban penetrados de furor: Entregad los cristianos á las bestias, *christianos ad leonem*. Tertuliano.

Era imposible que semejante religion, ya que se atreven á llamarla así, contribuyese á la felicidad de los hombres: no podia servir sino para hacerlos desgraciados: dice bien S. Pablo, que los paganos encontraban en sí mismos el justo castigo de sus crímenes y horrores. Suponiendo al mundo poblado de divinidades extravagantes, caprichosas y malignas, mas inclinadas al mal que al bien, los hombres debian estar continuamente agitados de frivolas inquietudes y de un terror pánico. No se hablaba sino de apariciones de demonios y de aparecidos, de los llantos de los muertos, de espectros y de fantasmas, del poder de los magicos y de los encantos de los hechiceros. Véanse los *Philopseudes* de Luciano. Toda enfermedad se creia enviada por un Dios, todo suceso extraordinario era presagio de alguna desgracia. Un fenómeno del aire, un eclipse, un trueno, el nacimiento de un animal monstruoso, bastaban para alarmar á todos los pueblos: el vuelo de un pájaro, la vista de una comadreja, el chillido de un raton, bastaban para desconcertar toda la gravedad de los senadores romanos. Era preciso consultar las suertes, los oráculos, los astrólogos, los augures, los arúspices antes de emprender nada; observar los días felices ó desgraciados, expiar los sueños incó-

modos y los encuentros casuales; ofrecer víctimas al temor, á la fiebre, á la muerte, á los dioses lares y á los dioses preservadores: la menor falta cometida contra el ceremonial bastaba para irritar la divinidad que querian hacerse propticia. «Todas estas locuras, dice Cicéron, serian despreciadas, y no merecerian atención alguna, si no estuviesen autorizadas por el sufragio de los mismos filósofos que pasan por mas sabios é ilustrados, de *Divinad., l. 2. infne.* Pero tal era el imperio de la preocupación, que hasta los egipcios, que no admitian de los dioses sino la figura, no tentian valor para sacudir enteramente el yugo de la superstición. Un pagano, despues de haber pasado su vida en continuas inquietudes y terrores, no podia prometerse despues de esta vida una suerte feliz y venturosa; á pesar de la audacia y de las bufonadas de los incrédulos contra la existencia del infierno, no podian saber lo que era y punto fijo.

Por lo mismo, los santos PP. han hecho bien en sostener que una religion tan desatinada, tan cruel, tan contraria al buen juicio y al bienestar del hombre, no pudo haberse introducido en el mundo sino por el espíritu infernal.

No fallará quien diga que los mas de estos absurdos se renovaron en el seno del cristianismo en los siglos de ignorancia. En hora buena: los habian introducido los bárbaros del Norte, *idólatras* groseros y brutales. Pero la religion reclamaba siempre contra todos los abusos, y á fuerza de celo y vigilancia los pastores impedian el contagio. La Iglesia nunca dejó de proscribir por sus leyes toda especie de superstición, y al fin el mal cesó con la ignorancia: entre los griegos y romanos hizo progresos en razon de lo que adelantaban estos pueblos en las ciencias humanas: despues de dos mil años de duracion se fué arraigando mas y mas, y aun reside de la misma manera en todas las naciones que no conocen el Evangelio. En el día se precian nuestros filósofos de haber disipado la ignorancia y las preocupaciones; pero sin las luces del cristianismo ¿hubieran tenido mas poder que los sabios de Tama y de Atenas? Ni unos ni otros supieron destruir la superstición, sino profesando el ateísmo, el cual es un remedio peor que la misma enfermedad: en cuanto á nosotros, estamos seguros, ateniéndonos á las locuciones de la religion, de libertanos de todos los errores y excesos.

VI. *¿El culto que damos á los santos, á sus imágenes y reliquias es una idolatria?* Esta es la acusacion que continuamente nos hacen

los protestantes, y fué uno de los principales motivos de su cisma; pero ¿tiene siquiera visos de verdad?

No hay entre nosotros un ignorante, por estúpido que sea, que no sepa el simbolo de los apóstoles y la oracion dominical. Si es capaz de entender lo que dice cuando reza el primer artículo del simbolo: *Creo en Dios Padre todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra,* es imposible que se haga *idólatra* ni politeísta. En este artículo hace profesion de creer en un solo Dios, un solo Omnipotente y un solo Criador; por consiguiente, en un solo supremo Señor y gobernador del universo. Cuando le sucede algun bien ó algun mal no puede inclinarse á atribuirlo á ningun otro ser que á Dios y su providencia. Si alguna vez acusa al diablo de haberle hecho mal, es un rasgo de impaciencia pasajera que retracia luego que vuelve á la reflexion: en sus necesidades recurre á Dios, diciéndole todos los días: *Padre nuestro, que estás en los cielos.... hágase tu voluntad.... el pan nuestro de cada día danos hoy,* etc. Por mucha confianza que tenga en un santo, sabe que no puede ser mas que su intercesor para con Dios; jamás se le ofrecerá el tenerle por un Dios, atribuirle la omnipotencia de Dios, creerle dueño absoluto, ni tenerle por distribuidor supremo de los bienes, cuyo autor es solo Dios. Una vez grabadas desde la infancia estas ideas en el ánimo de un ignorante, no concebimos cómo pudiera convertirse en *idólatra* ó politeísta.

Para probar que todo católico es reo de este crimen, los protestantes establecen principios conformes á su pretension. 4.º Sostienen que todo culto religioso que no se refiere á Dios es una *idolatria*; falso principio: en el artículo CERO hicimos ver todo lo contrario. Allí hemos demostrado que no solo hay un culto religioso, supremo y absoluto que se termina al objeto á quien se dirige y no mas, que no se debe mas que á un solo Dios, sino que tambien es preciso admitir un culto subordinado y relativo que no se dirige al objeto inmediato, sino con respecto á Dios que le aprueba y le manda. No pudo Dios mandar el culto supremo y absoluto para sí sin contradecirse á sí mismo, no mandando tambien el respeto, el honor y el culto á todo aquello que sirva para honrarle y á los que él mismo llamó *sus cristos, sus santos, sus siervos, sus amigos.* Por eso dijo: *Temblad delante de mí santuario, esta tierra es santa, será santo este día, mis sacerdotes serán santos, santo será el óleo de su consagracion, y santos sus vestidos: el sumo sacerdote llevará*

en su frente las siguientes palabras: *El santo del Señor, ó el consagrado al Señor,* etc. Nosotros sostenemos que el respeto, el honor y la veneracion que Dios manda tener á todas estas cosas es un verdadero culto, un culto religioso, y que forma una parte de la religion misma. Los protestantes no pueden sostener lo contrario, sin abusar de todas las palabras y sin trastornar todas las nociones.

Hicimos ver que los paganos no tenían ni podian tener ninguna idea de un culto subordinado y relativo. No reconocian un Dios supremo del cual fuesen los demás ministros solamente: nunca pensaron que Júpiter ú otro Dios cualquiera tuviese por superior al espíritu eterno, formador del mundo, á quien debiese dar cuenta de su administracion, y que no fuese para con él sino un simple intercesor ó medianero. Tampoco se ofreció esta idea á ningún filósofo anterior al cristianismo; y con mucha mas razon se puede asegurar que no pudo ofrecerse al vulgo de los paganos, quienes no tenían ninguna idea de un Dios Supremo; dogma que nunca les revelaron los filósofos, que miraban á todos los dioses como casi iguales; que los buscaban directa y únicamente en sus necesidades, y á ellos solos les atribuian la potestad de concederles beneficios. Asi que, por parte de los protestantes, es una obstinacion imponderable el comparar el culto que nosotros damos á los santos, con el que daban los *idólatras* á sus pretendidos dioses, y el sostener que Dios prohibió este culto por aquellas palabras de la Escritura: *Vosotros no tendreis mas dioses que á mí.* ¿Son acaso dioses unos simples intercesores? La ley no añade: que no se tribute á ningún objeto mas que á Dios ninguna especie de respeto de honor, ni de culto religioso en consideracion al mismo Dios. Véase SANTOS.

No insistiremos en la diferencia que hay entre el carácter que nosotros atribuimos á los santos, y el que los paganos atribuian á sus dioses, entre las prácticas con que nosotros honramos los primeros, y las que usaban los paganos en el culto de sus falsos dioses. Nosotros honramos en los santos los dones y gracias de Dios, las virtudes heroicas y sobrenaturales, los servicios espirituales y temporales que hicieron á la sociedad, la gloria y la bienaventuranza con que Dios los ha recompensado. Los paganos respetaban y celebraban en sus dioses unos vicios, crímenes, excesos y acciones de que los hombres mismos deben avergonzarse, los adulterios é incestos de Júpiter, la vanidad y los celos de

Juno, las deshonestidades de Vénus, los furrores y venganzas de Marte, los robos de Mercurio, las picardías de Laverna, el humor satírico de Momo, etc.: ellos divinizaban unos sujetos que merecian espirar en el suplicio. Tanto como contribuia este absurdo culto á pervertir la moral pública y privada, tanto y mas debe servir el que nosotros tributamos á los santos para purificarlas y hacerlas irreprochables.

El principal argumento de *idolatria* que nos hacen los protestantes recae sobre el culto de las imágenes: si se les ha de dar crédito, Dios prohibe rigorosamente toda especie de figura, de representacion ó de simulacro, y toda clase de honor que se les tribute bajo cualquier pretexto. En el artículo MÁXEX probaremos todo lo contrario.

Finalmente, en el artículo PAGANISMO referiremos todos los sofismas, sutilezas, suposiciones y falsas conjeturas con que los protestantes se empeñan en oscurecer las verdades que acabamos de demostrar, siempre con el designio de ofender á la Iglesia católica, y haremos ver que ningún fruto alcanzaron todos sus esfuerzos.

IDOLATRAS. Este es el nombre que da S. Pablo á las carnes que se habian ofrecido en sacrificio. El uso de los paganos era comer estas carnes con toda ceremonia, con la cabeza coronada de flores, haciendo libaciones y votos á los dioses. De este modo creian tomar parte en el sacrificio; por consiguiente era un acto formal de idolatria. Al principio hubo duda entre los cristianos sobre si era lícito comerlas en convites ordinarios, si estas carnes eran vendidas en el mercado sin tomar parte en la superstición de los paganos, y sin necesidad de informarse si habian sido ofrecidas en sacrificio. En el concilio de Jerusalén, *Hechos apóstólicos*, xv, 29, se mandó á los fieles que se abstuviesen de estas carnes, sin duda por el horror que las tenían los judíos, quienes no hubieran perdonado á los fieles la indiferencia sobre este punto; y por las consecuencias que maliciosamente pudieran sacar los paganos si hubiesen visto que los fieles las usaban.

Cinco años despues, consultado S. Pablo sobre esta cuestion, responde: Que se podian comer sin necesidad de informarse si estas carnes habian sido ofrecidas á los ídolos, con tal que esto no causase escándalo á los débiles é ignorantes. 4.º *Epist. á los corint.*, vii, 4. Sin embargo subsistió entre los cristianos la costumbre de abstenerse de estas carnes. En el *Apocal.*, ii, 14, los fieles de Pérgamo son reprendidos severamente porque al-

gunos de ellos hacían comer las carnes ofrecidas á los ídolos, y esto mismo se prohibió por muchos cánones de los concilios. El emperador Juliano mandó que se ofreciesen á los ídolos todas las carnes de las carnicerías públicas, con ánimo de incomodar y tender un lazo á los cristianos.

Idumeos. Son los descendientes de Esau, llamado también *Edon*, hermano de Jacob é hijo de Isaac. Su primera mansion fué al oriente del mar Muerto en los montes de Seir; despues se extendieron al mediodía de la Palestina y del mar Muerto entre la Judea y la Arabia. Tuvieron jefes á su cabeza, y se reunieron en cuerpo de nación mucho antes de los israelitas. El odio que concibió Esau contra su hermano Jacob, por haber alcanzado en perjuicio de su primogenitura la bendición de su padre Isaac, pasó á sus descendientes y se aumentó de día en día. Cuando los hebreos caminaban por el desierto, no pudieron conseguir de los *idumeos* el paso por su país, aun con la condición de pagar hasta el pan y el agua. *Númer.*, xx, 14 y sig. Sin embargo prohibió el Señor á los israelitas que atacasen á los *idumeos* é invadiesen su territorio. *Deuter.*, ii, 3. Pero ya había anunciado por Balaam que un descendiente de Jacob sería con el tiempo dueño de la Idumea. *Númer.*, xxv, 18.

En efecto, David verificó la conquista de la Idumea, l. II de los *Reyes*, vii, 14, y entonces se cumplió lo que Dios había anunciado á Rebeca, que el primogenito de sus dos hijos se sujetaría al segundo, *Gén.*, xxv, 23. No es cierto, como pretende un incrédulo, que esta expedición de David fué contraria á la prohibición que Moisés había hecho á los judíos de invadir el país de los descendientes de Esau, porque David no los destruyó en su conquista. Los *idumeos* trataron de sacudir el yugo á fines del reinado de Salomón, aunque sin gran fruto; se les obligó á volver á la obediencia, en la cual se conservaron hasta el reinado de Joram, hijo de Josafat. Desde aquel momento quedaron independientes y mas enemigos de los judíos que antes.

En el reinado de Ozias, el profeta Amos les hizo de parte del Señor terribles amenazas, porque habían sacado la espada contra los judíos, y les tenían un odio implacable, l. 41. Volvieron á principiar las hostilidades en el reinado de Acaz, l. II de los *Paral.*, xxvii, 17. Pero bien pronto fueron castigados por los estragos que hicieron los asirios en la Idumea. Cuando Nabucodonosor puso sitio á Jerusalem, se le unieron los *idumeos*, y lo

excitaron á que verificase la total destrucción de esta ciudad, *salmo* cxxxv, 7. Pero ya algunos años antes los había amenazado Jereemias con la cólera del Señor, y había presentado unas cadenas á los embajadores de su monarca, xxv, 21; xxi, 3. Su objeto era el de anunciar que la Idumea y los demás reinos vecinos caerían en poder de Nabucodonosor; y es lo que efectivamente sucedió, xlix, 7, etc.

Se aprovecharon del cautiverio de los judíos en Babilonia para apoderarse de una parte de la Judea meridional; pero Dios declaró que bien pronto trastornaría esta prosperidad pasajera. *Malac.*, i, y siguientes. «Ellos edificarán y yo destruiré; y su país será llamado un país de impiedad, y su pueblo siempre el Señor.» En efecto, nosotros no los vemos ya gobernados desde aquel momento por un rey de su nación: los donaron Judas Macabeo y Juan Hircano. *Josefo, Antiquidades*, l. 11, c. 11; l. 3, c. 47. Permanecieron sujetos á los judíos hasta la destrucción de Jerusalem, su dispersión y ruina. Desde esta época no se habló mas de los *idumeos*. Así no se puede negar que las profecías que anunciaron su suerte desde Jacob hasta el último de los profetas por espacio de trece siglos se verificaron en todas sus partes.

Iglesia. Palabra griega, que significa junta ó asamblea. En el *cap.* 19 de los *Hechos apostólicos* se aplica este nombre á una asamblea tumultuosa del pueblo de Ereso. En los otros pasajes del nuevo Testamento, tan pronto significa el lugar en que los fieles se reúnen para orar, 1^o *Epíst. á los Corint.*, xiv, 34, como la sociedad de los fieles reunidos en toda la tierra, *Epíst. á los Efes.*, v, 24 y 26; ó á los cristianos de una sola ciudad ó provincia, 1^o *Epíst. á los Corint.*, i, 1 y 2; *Epíst. 2^a á los Corint.*, vii, 1^o ó una sola familia de los cristianos, *Epíst. á los Roman.*, xvi, 5; y finalmente, otras veces á los pastores y á los ministros de la *Iglesia*, *S. Mateo*, xvii, 17: por consiguiente, este nombre *Iglesia* se toma muchas veces por el estado eclesiástico ó por el clero.

Esta palabra significa en general la sociedad de los adoradores del verdadero Dios. En este sentido se puede distinguir la *Iglesia* primitiva de los patriarcas ó de los antiguos justos, y de este modo entienden algunos aquellas palabras de S. Pablo, *Ecclesium primitivorum*, *Hebr.* xii, 23; de la *Iglesia* judaica, que se componía de todos los que seguían la ley de Moisés, y en cuyo sentido se

usa muchas veces esta palabra en el antiguo Testamento; y de la *Iglesia* de los cristianos, que es la sociedad de los que profesan la religión de Jesucristo, y esta es la que debe principalmente ocuparnos. Se llama *Iglesia militante* la sociedad de los fieles sobre la tierra, é *Iglesia triunfante* la sociedad de los santos en el cielo.

Las materias acerca de la *Iglesia* adquirieron mucha extensión por las controversias que se suscitaron entre los teólogos católicos y los protestantes.

Nosotros nos limitaremos á indicar las cuestiones que se acostumbran á incluir en un tratado completo de la *Iglesia*, y remitiremos á nuestros lectores á los artículos particulares de aquellos que exigen mas larga discusión. Debemos, 1^o dar una idea exacta de la sociedad que se llama la *Iglesia de Jesucristo*; 2^o indicar las notas ó caracteres que la distinguen de las que falsamente se atribuyen este título; 3^o conocer quiénes son los miembros que la componen, y saber si hay entre ellos alguna distinción; 4^o de qué naturaleza es el gobierno de la *Iglesia*; si en ella se debe reconocer un jefe; cuáles son sus derechos, sus privilegios y su jurisdicción; 5^o cuáles son las propiedades que resultan de la constitución de este cuerpo, segun lo instituyó Jesucristo; 6^o dar una breve idea de las principales *Iglesias* particulares.

§ 1. *Definición de la Iglesia.* Los teólogos católicos dicen que es la sociedad de los fieles reunidos por la profesión de una misma fe, por la participación de unos mismos sacramentos y por la sumisión á los legítimos prelados, principalmente al romano pontífice. Si esta idea es exacta, debe por sí sola proporcionarnos la solución á las mas de las dificultades de que vamos á tratar.

Un teólogo conocido por la temeridad de su crítica dice que esta definición es una nueva invención de los escolásticos, que los santos PP. se redujeron á decir que la *Iglesia es la sociedad de los fieles*. Si hubiese conocido mejor la energía de la palabra *fiel*, hubiera visto que los teólogos no hicieron mas que desenvolver su significación para deshacer los sofismas de los herejes. S. Pablo entiende ordinariamente por *la fe*, no solo la creencia en la palabra de Dios, sino tambien la confianza en sus promesas y la sumisión á sus órdenes: así es como describe la fe de los patriarcas en el c. 11 de su *Epíst. á los Hebreos*. Por consiguiente, el nombre de *fiel* lleva tambien consigo estas tres cosas, la fidelidad en creer lo que Dios enseña, en usar

de los medios á que se dignó ligar sus gracias, y en seguir las leyes que él mismo ha establecido. Luego los *fiel*, para formar entre sí una sociedad, deben estar reunidos por los tres vínculos que contiene la definición de la *Iglesia*.

No se puede negar que Jesucristo vino al mundo á fundar una religión, á enseñar á los hombres el modo con que Dios debe ser honrado, y los medios de llegar á la felicidad eterna. Toda religión lleva consigo la idea de sociedad entre los que la profesan. Las palabras *religión, Iglesia, sociedad* nos hacen ya comprender, que así como hay entre todos los cristianos un solo interes, que es la salud eterna, así tambien debe haber entre ellos una unión tan estrecha, como lo exige este interes comun. Una vez que Jesucristo estableció por medio de la salvación la fe, los sacramentos y la disciplina que arregla las costumbres, se sigue que los miembros de la *Iglesia* deben fe, en la participación de una misma fe, en la participación de los sacramentos instituidos por Jesucristo, y en la obediencia á los prelados que él mismo ha establecido. La desunión en uno de estos puntos produciría la anarquía y la diferencia de religiones, y destruiría toda sociedad: nosotros lo vemos por las diferentes sectas que se separaron de la *Iglesia*.

Todas estas diron de la *Iglesia* una idea conforme á su interes y á sus preocupaciones. En el siglo III, los montanistas y novacianos entendían por la *Iglesia* la sociedad de los justos que no cometieron pecado grave contra la fe, en el IV era, segun los donatistas, la asamblea de personas virtuosas que no cometieron grandes crímenes; en el V quería Pelagio que fuese la sociedad de los hombres perfectos que no se contummaron con ningún pecado. Wiclef en el XIV y Juan Hus en el XV querían que fuese la sociedad de los santos y de los predestinados: Calvino fué de este mismo modo de pensar. En nuestros dias hemos visto renacer el mismo error en el libro de Quessel, que hace consistir la catolicidad ó universalidad de la *Iglesia* en que contiene todos los ángeles del cielo, todos los escogidos y justos de la tierra y los de todos los siglos. Dice que un hombre que no vive segun el Evangelio se separa del pueblo escogido, del que Jesucristo es cabeza, como el que no cree en el Evangelio. *Proposit.* 72 y 79.

Todos estos doctores separaron por su propia autoridad á todos los pecadores del cuerpo de la *Iglesia*; pero tuvieron tambien mucho cuidado en sostener que la excomu-